

un día en el verano del dosmil[veinti]cuatro, Distrito Federal

Sofo Tequero Defectuoso

Fuente de amor de secundaria

Yo no soy un cabrón de crónicas. Y no es para malinterpretar mi resistencia a la anécdota, mas suelo encontrar un valor más íntimo en la poesía. Pero, bueno. ¿Qué sería de mi aliento mexicano sin contar un buen chisme?

Entonces, me enteré de cómo contar los pasos de mis angustias, mis desvelos de mal forjar. Naturalmente, cuando uno es víctima de las tendencias trastornadas por el éxito y la esteticidad, corre por el empedrado. Galopa rebotando sobre la tierra abandonada por el mexica, ahora habitada por el mestizo comerciante de sonrisas, el "defectuoso", cuyo abolengo permanece en la marca de vacuna en su

hombro izquierdo, pues cuando surge de la matriz, viene ya nacido con unos nike pegasus cuatromil pegados a la planta de su Tlaczayatl*¹. Como es a su índole (la mía), me dispuse a ponerme de buenas con los ánimos de un buen corazón cambiador.

La bruma romero de mi Coyoacán a las seis de la dulce mañana. Banquetas ahumadas en los hervores de los comales de ayer. Maderas en vara que, desde el cielo, se leen una reflexión de mujer moderna: "Los bellos dientes autóctonos de la región, embarrados en smegma de potra exportada" (elotes con mayonesa McCormik), todos escupidos cual semen de adolescente. Y en esas faldas, un tronido de la banda de guerra, amanecida en boca delincuente, me agarró por sorpresa y, a través de mi circuito, se me cruzó una piedra redoblada y fui a dar un sopetón a la banqueta.

Sí me raspé culero. Bien perdí la carne virginal que cubría mi ahora articulación del treintañero que nunca creí ser. ¿Cuál virginal? Si me la rajé también el otro día mamando culo por ahí en el Chevy de Manuel. Ah, pero quítale el centro al camarón, no me vaya a hacer daño.

¹ *Planta del pie en Náhuatl.*

Ser protagonista de tremenda humillación bastó para sentirme penetrado por la carcajada universal que se vino del barrendero anaranjado, y de la señora que bajaba su changarro, y del amargado del seven y del viejo apachurrado que, sin ojo alguno, bien saca a pasear a sus perros grises de de la edad cada amanecer.

Esta escena que Selena Quintanilla nombraría como "de cobarde" fue suficiente para hacerme detener en la helada banca de metal verde que abunda en el centro de la colonia. Y de repente van a dar las nueve ya. El homenaje a la inocencia que me rinden las tiernas hojas de árboles al caer en su virginidad son suficientes para no exigirme un correr de vuelta a casa.

Horizonte vestido por su ausencia de vida natural a su sombra nocturna. En su adorno, no hay más que un secundario enamorado:

Un joven adolescente con bigote de chocomilk y cuadritos a las doraditas Tía Rosa. Su polo blanca de cuello verde militar, a la bandera de un poliéster nacional, acurruca su cuello medio ensangretado de chupetones. Con un mocasín recién boleado a queste fin de semana ahí en plena plaza por un indigente que dice ser su amigo; trae una lagaña

y media relamida en su copete de galán, cortesía de su mamá. Se le notan las babas que dejan caer todas las secunenas.

Un ramo de ocho rosas carmín envuelto en un celofán de los que asfixian, con un sublimado que dice "Para la guapa más guapa" "Para la guapa más guapa" "Para la guapa más guapa", yo creo unas ochocientas veces, en un inclinado de cuarenta y siete grados a la izquierda, a lo largo de toda esa funda.

Y bueno, ya mal chisme si me lo agarro a la cuenta de la poesía. Entonces yo me arranco el corazón a las venas del himno nacional y me dispongo de rodillas cuando suena el aullido del afilador. Aquí vine yo a desnudar el alma de aquel muchacho, y si nadie goza de su bendito bochorno pues que me caiga la jura ya ni modo yo lo hice por el corazón de la patria.

La mirada del morro se perdía en un adolecer que se sentía en el ánimo de la rotonda. Todo el adoquín emanaba la tensión que aguantaba el resorte de su roto calzón, o sea un chingo. La sangre de su órgano se drenaba en sus cachetes, sus orejas, sus muslos; sin embargo, su rostro no figuraba inquietud. Parece ser que está bien acostumbrado

a guardar la lengua dentro del paladar y hacer ejercicios de mandíbula para mantener la compostura del varón que viene con su elemento.

Mewing king.

Ya es tarde. Ya no son horas de andar fuera de la escuela. Pero se ve que no va a entrar. Claaaro, cómo no se me ocurrió que es hoy, el día en que ese le va a declarar a su morra. Suenan las campanas de la Parroquia de San Juan Bautista y se arrastran los huaraches de las señoras por el cemento de la explanada, decorado con las gotas de mi sangre y detallado con las piedras de mi costra. No sé quién se lleva más de quién, si yo del asfalto o la calle de mí.

El ferviente mozo, caudal se acomoda el bulco del pantalón. Se mira el reloj. Lo desentiende, no sabe leer la hora manual, pero pensó que se vería más mamalón con el horario bien honrado en la muñeca. Ésta le pesa.

Dan las ocho y cuarto y se me hace que a esa hora es su recreo, porque hasta a mí me sonó su intestino retorcerse. En la espera de su enamorada, va con el del carrito y se compra un chicharrón. Hasta a mí se me antojó con harta harta Valentina y un poquito de limón, pero ya

me dan agruras, y yo no tengo el metabolismo de mi amigo acá el "diez por ciento de grasa corporal" ni de pedo.

Se ve que hace malabares con la morralla de su bolsa, el cambio, las rosas y la bolsa de charritos apachurrada, pero nada lo detiene de pararse con orgullo; el pechito bien erguido y las palmas palpar de hombre semental.

Se acerca una canija de colita de caballo, con el andar de Wisin y Yandel en sus caderas y unos jeans con estoperoles de charol. Se le nota el ombligo carente de lunch. La miro marchar medio vagando, medio meditado, con una buena técnica de lobuki de escondida inocencia. De repente bosteza y reposa en la fachada de piedra. Se le acerca su galán, con el paso medio apenado, medio apresurado y medio apretado porque del sentimiento hasta le dieron ganas de cagar. Se guarda el ya chicloso chicharrón en el bolsillo trasero de su corte sastre. Se arremanga y se apareja con la muchacha.

"Para ti" alcancé a escuchar namás, pues solo vi cómo le brillaron los ojos con ternura a la chiquilla, que por más que se viera precoz y se

disfrazara como si fuera una vieja de prepa, guardaba una inocencia en su interior.

De las manitas sudadas del chavo casi se resbala el ramo en el intercambio, ella, a su favor, le dio un pico en el cachete, de esos que huelen a vainilla y un poquito a calor de leche nido. Él se emocionó. "¿Vas a ser mi chava, entonces?" A lo que ella reclamó: "no pues, tú todo quieres a la una, si a las chavas no las traes así nomás a pura rosa y encanto, dame tiempo, que mis trenzas no se peinan solas."

La nena se retoca el gloss bissú. Se lleva su ramo con una sonrisa bañada en brackets. Su playera le palpita y se quiere reír. El wey, incomprendido, no agarró el pedo de seguirla. Y, pensando en todo lo que se arrepiente, se acerca triste a la banca.

-Chale. ¿Viste todo, verdad, wey?— Me dijo, emanando un vaho vocal.

-Si, mano. Pero ánimo, todo chido. Ve a buscarla. Se ve que se está haciendo del rogar.

Me regaló una mirada de perrito de pueblo cuando no te deja pasar en carretera, entre que con tristeza, esperanza, amenaza y decisión. "Órale, pues". Y como super héroe, el morro se agarró el coraje, se levantó el copete, y con la herida en alto se encaminó detrás de la nena de sus adolescentes sueños.